



Mabel Bellucci

HISTORIA DE UNA DESOBEDIENCIA

Aborto y feminismo

Mabel Bellucci

Historia de una desobediencia

Aborto y feminismo

Bellucci, Mabel

Historia de una desobediencia : aborto y feminismo / Mabel Bellucci. -
1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Capital Intelectual, 2019
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-614-578-7

1. Aborto. 2. Feminismo. I. Título.
CDD 304.667

Edición: Leonor Silvestri

Diseño: Ariana Jenik

Coordinación: Inés Barba

Producción: Norberto Natale

© Mabel Bellucci, 2014

© Capital Intelectual, 2014

Este libro está auspiciado por la Campaña Nacional por el Derecho al Aborto Legal, Seguro y Gratuito.

La foto de la tapa fue cedida por María Elena Oddone de su archivo personal para ilustrar la tapa de este libro.

Capital Intelectual S.A.

Paraguay 1535 (1061) • Buenos Aires, Argentina

Teléfono: (+54 11) 4872-1300 • Telefax: (+54 11) 4872-1329

www.editorialcapin.com.ar • info@capin.com.ar

Pedidos en Argentina: pedidos@capin.com.ar

Pedidos desde el exterior: exterior@capin.com.ar

Digitalización: Proyecto451

Queda hecho el depósito que prevé la Ley 11723.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida sin permiso escrito del editor.

ÍNDICE

PORTADA

PRÓLOGO

PRESENTACIÓN

I. EL MOVIMIENTO DE LIBERACIÓN DE LA MUJER

II. VIAJERAS MILITANTES

III. SUCESOS ARGENTINOS

IV. ¡ARREMETE, MUJER!

V. SOBRE TRANSICIONES Y CONSOLIDACIONES

VI. CARTOGRAFÍAS DEL ABORTO

VII. EL ABORTO EN EL NUEVO MILENIO

VIII. TESTIMONIOS INELUDIBLES

BIBLIOGRAFÍA

*Para mis compañeras de la Comisión por el Derecho al
Aborto*

En el recuerdo a Dora

A Marysa Navarro

PRÓLOGO

El feminismo comprometido con la conquista del aborto voluntario logró desestabilizar los sentidos asociados a esa práctica, que se han cristalizado, de maneras diversas, en las principales regulaciones restrictivas. Así, sus argumentos fueron una cuña en los discursos religiosos, legales o científicos que impregnaban –y saturaban– al aborto reduciéndolo a un entramado compuesto por pecado, delito y enfermedad. De esta forma, puso en circulación –en las calles, en los medios de comunicación, en las universidades y en los parlamentos, entre otros espacios– una construcción diferente del aborto que comenzó a ocupar un lugar protagónico en la política sexual contemporánea.

Y si ello es así en la Argentina, Latinoamérica no es una excepción, ya que el activismo feminista ha logrado impactar en diferentes esferas ampliando la legitimidad de esta práctica más allá de las normas jurídicas que, en general, aún se resisten. Ello se evidencia en las encuestas ciudadanas, en el apoyo creciente de distintos sectores políticos e, incluso, en las modificaciones del sistema legal en algunos países de la región. También se han dado importantes cambios en las prácticas. Si bien el aborto ha sido históricamente utilizado para regular la reproducción, el activismo feminista lo ha resignificado a través de los colectivos de mujeres que acompañan, asesoran e informan. Líneas telefónicas, sitios en la web o encuentros personales operan como vehículos para revertir el secreto o la vergüenza que suelen acompañar la construcción de sentidos de las prácticas abortivas.

Esta lucha ha implicado, entre otros aspectos, confrontar una maquinaria religioso-política que, lejos de replegarse,

extremó su ejercicio de poder y sofisticó sus formas de influencia. En la búsqueda por legitimar una práctica histórica, criticar las normas culturales y morales o modificar el sistema legal, el feminismo ha generado la reacción de un complejo entramado de líderes religiosos, políticos y sociales que consideran al aborto como un límite infranqueable. A pesar de la legislación altamente ineficiente de América Latina –ya que los abortos se producen incluso en mayor número que con legislaciones menos restrictivas–, se han diversificado y fortalecido los sectores que se oponen a modificar la regulación restrictiva sobre el aborto. Mixturando discursos religiosos y científicos, manifestaciones públicas y *lobbies* privados, canales democráticos y presiones extorsivas, la maquinaria religioso-política impacta en forma compleja sobre la política sexual contemporánea e instituye la ilegalización como una demanda prioritaria.

Redefinir los marcos de inteligibilidad del aborto resultó ser mucho más radical de lo esperado por muchas y muchos. El terreno de las significaciones, los modos de representar cuerpos y subjetividades en torno a esta práctica se han convertido en un vector central de las disputas políticas contemporáneas.

Historia de una desobediencia. Aborto y Feminismo aparece, entonces, en el momento preciso ya que representa, entre otros, un aporte invaluable para comprender a quienes están involucrados en esta lucha, también los discursos y estrategias que han permitido la irrupción de nuevos sentidos sobre el aborto. Frente a la complejidad actual en las políticas referidas a esta práctica, el libro construye una genealogía del activismo feminista y su lucha por el aborto que, combinando distintos registros, convierten en necesaria la reflexión sobre el camino recorrido. Volver a mirar la producción de sentidos del feminismo a los largo de las últimas décadas es importante

no solo para re-pensar dónde estamos sino también para reimaginar alternativas.

Este libro escapa, por suerte, a las tipificaciones disciplinarias y por ende resiste una lectura convencional. A la vez presenta una profunda y rigurosa cartografía de las luchas feministas por el aborto, relevante para activistas, académicas y académicos y personas interesadas en la temática. Es un libro polifónico, en el que Mabel Bellucci conjuga su propia voz con las de distintas interlocutoras en entrevistas y conversatorios, así como con la bibliografía específica y las producciones colectivas anónimas que van generando miradas diversas y complejas sobre el activismo feminista y el aborto. Este prólogo se suma, entonces, a esta comunidad de voces y miradas. Además de presentar, brevemente, el contenido de la publicación, pretendo identificar algunas tensiones y desafíos que el libro permite iluminar a lo largo de sus páginas.

UNA CARTOGRAFÍA

El recorrido de Bellucci reconstruye, mixtura niveles y dimensiones diferentes. El trabajo comienza retratando al feminismo internacional como un antecedente relevante y complejo para comprender la política del cuerpo y, por consiguiente, del aborto. Así, la primera parte del libro nos acerca al entramado de producciones teóricas, estrategias judiciales y acciones políticas acontecidas en las principales ciudades de Estados Unidos y de Europa durante los años 60 y 70. Estas páginas combinan referencias de las principales obras teóricas que montaron el Feminismo de la Segunda Ola, junto con las organizaciones –algunas ya míticas– generadas por el activismo de una intensa radicalidad. Ese conjunto continúa siendo relevante para confrontar los sentidos del aborto enquistados en culturas y legislaciones represivas. El relevamiento internacional

también le permite a la autora comenzar a delinearlos como “la historia de una desobediencia”, por la cual las mujeres profundizan la fractura con la reproducción compulsiva en tanto mandato de la heterosexualidad como régimen político.

Este marco internacional da lugar al objetivo principal del libro: exhibir una cartografía del feminismo en la Argentina desde los años 60 hasta los desarrollos actuales. El trabajo ofrece un análisis de los distintos contextos políticos e identifica los principales desafíos y posibilidades de la lucha por el aborto. Así, a lo largo de las páginas, se describen distintas facetas del activismo feminista. Entre ellas, el complejo rol de las mujeres dentro de las organizaciones revolucionarias de esas décadas, caracterizadas por un fuerte disciplinamiento de las costumbres; a lo cual se le ha sumado la experiencia de la dictadura militar –que provocó la devastación de los movimientos sociales pero también la resistencia a través de grupos de estudios–, de la politización de la vida privada, la profundización del activismo en los últimos años de la dictadura y su fortalecimiento durante la transición y consolidación democráticas; las reacciones feministas ante el impacto del neoliberalismo de los años 90, la revuelta de 2001 con sus consecuencias más inmediatas; en particular, la creación de la Campaña Nacional por el Derecho al Aborto Legal, Seguro y Gratuito como un *continuum* de las batallas emprendidas en 1988 con la creación de la Comisión por el Derecho al Aborto, en manos de la histórica luchadora Dora Coledesky.

Este recorrido se estructura con el entramado de las historias personales y de las organizaciones, con los testimonios y las producciones teóricas, de campañas callejeras o encuentros clandestinos que han permitido la circulación de diversos sentidos feministas sobre el aborto. Este libro es tanto reconocimiento, crítica como desafío para el feminismo. Y es, sin duda, un reconocimiento a las mujeres y también a los colectivos de varones y de

personas trans que han hecho del feminismo uno de los movimientos sociales más relevantes en la vida política y académica contemporánea. Brinda un análisis comprensivo de diferentes momentos del feminismo internacional y nacional, mientras marca los principales hitos y también tensiones en la lucha por el aborto. El libro es, al igual que su autora, erudito en información, en indagación teórica y empírica y se resiste a ser encasillado. No pretende agotar la historia que retrata (no sería posible), sino que se propone hilvanar las décadas de activismo feminista en un valioso trabajo integrador.

Para aquellos que investigamos desde la teoría feminista esta obra visibiliza una historia, una genealogía del movimiento feminista que se vuelve indispensable para comprender la política sexual contemporánea. Para aquellos que nos movilizamos por legitimar el aborto, el libro nos recuerda que el activismo feminista ha sido conformado por desobediencias que buscan desmontar un orden sexual opresivo. No se regodea en el pasado, no lo trae ni como pieza de museo ni como pura nostalgia, sino que lo vuelve interrogante sobre el sujeto político del feminismo que estamos construyendo hoy. Genera, en todo caso, una melancolía politizada que considera al aborto como un momento para pensar horizontes normativos más radicales respecto a la sexualidad.

Bellucci traza el itinerario principal pero el texto inscribe, de formas diversas, una polifonía de voces. Por un lado, se entremezclan y potencian distintos registros: la investigadora, la activista feminista *queer* y también la protagonista del relato que reconstruye. Así, su texto mixtura lecturas teóricas, materiales específicos del activismo (volantes, documentos, archivos), investigaciones empíricas, entrevistas con las principales protagonistas y su patrimonio como “testigas”. Una voz situada en el propio relato que construye. Por otro lado, suma a otras autoras, pronunciaciones en su mayoría descentradas de la ciudad

de Buenos Aires. Un texto, “La gesta del aborto propio”, escrito por Belén Grosso, María Trpin, Ruth Zurbriggen, de la colectiva feminista de La Revuelta, de Neuquén, sobre la valiosa experiencia que vienen desarrollando desde 2009 en *Socorro Rosa*, un servicio de información y acompañamiento de abortos mediante el uso del misoprostol. Un bello escrito desde Rafaela, Santa Fe, de Dahiana Belfiori, quien se identifica como una de las “hijas revoltosas e insurrectas” de la cartografía propuesta. Un conversatorio con Martha Rosenberg, una voz crucial del feminismo, que deja ver la heterogeneidad y las tensiones que caracterizan a la Campaña Nacional por el Derecho al Aborto Legal, Seguro y Gratuito. Finalmente, otro conversatorio con Alejandra Ciriza que propone un diálogo complejo y profundo sobre feminismo y lucha por el aborto en y desde Mendoza.

En suma, es este un libro que desafía al feminismo ya que presenta un texto disconforme que se ofrece a distintas lecturas y apropiaciones. La cartografía propuesta nos interpela desde diferentes lugares, abriendo interrogantes y planteos relevantes para la política del aborto. En particular quiero marcar dos contribuciones importantes que se desprenden del libro: la forma en que tensiona los bordes del feminismo como movimiento y los desafíos que la cartografía implica para las luchas contemporáneas por el aborto.

TENSIONANDO LOS BORDES

Un riesgo de las periodizaciones del feminismo es poner en circulación categorías allí donde hay porosidad, impregnación y continuidad. El escrito de Mabel Bellucci resiste las periodizaciones innecesarias y los rótulos simplificadores, se concentra en ciertas etapas o momentos de esa lucha pero lo hace desde su heterogeneidad constitutiva y, por momentos, desde las tensiones no

resueltas en el interior del movimiento. Las biografías, las referencias históricas, las producciones activistas, académicas o las estrategias políticas, entre otros aspectos que se analizan, van tejiendo al feminismo como un constructo complejo, con fronteras borrosas y móviles. Uno de sus aportes es tensar los bordes del feminismo ya que al hacer legibles las luchas por el aborto la autora también permite entender un feminismo dinámico y en conflicto.

En esta dirección, uno de los bordes que el libro complejiza es la influencia internacional en el momento de caracterizar al feminismo argentino. En particular, destaco el concepto de “viajeras militantes”, como bisagra para evidenciar la presencia del feminismo internacional en los debates y desarrollos del movimiento en la Argentina. Mujeres que con sus desplazamientos geográficos permitieron, durante los años 60 y 70, fortalecer un flujo informativo determinante en la construcción de una agenda favorable al aborto. Estas viajeras traían escritos inéditos a la Argentina, los traducían y, en algunos casos, lograban publicarlos gracias a las editoriales amigas. Sin desconocer su carácter elitista, estos viajes fueron centrales en la llegada y difusión de trabajos teóricos que impactaron notablemente en el activismo favorable al aborto. Gran parte de las consignas y posicionamientos que aún caracterizan los sentidos feministas del aborto circularon durante esos años por el accionar de estas *viajeras militantes*.

Otra dimensión que este libro incluye es la cambiante relación del feminismo con los movimientos y partidos de izquierda. La articulación entre las demandas feministas –en particular la del aborto– con la izquierda, en la Argentina, ha sido un proceso complejo y no siempre resuelto. En las décadas de 1960 y 1970, ciertos sectores de izquierda vieron en el movimiento feminista un riesgo burgués, un orden de demandas no necesariamente compatibles con la lucha social que tenía a la clase como sujeto histórico. A lo

que se agrega que, en algunos casos y como señala el texto, los “códigos de moral revolucionaria” implicaban una normatividad antagónica con el proyecto feminista. Sin embargo, estos bordes se han ido, al menos parcialmente, desmontando. La presencia de los feminismos en distintas luchas sociales y sindicales así como la demanda por el aborto desde grupos y partidos de izquierda son ejemplos de la forma en que estos sectores articulan, no sin tensiones y conflictos, sus posicionamientos políticos.

Otro borde que Bellucci devela en su artificialidad es el existente entre el movimiento feminista y el movimiento LGTTB. A pesar de sus distintos solapamientos, en la política y en la teoría existe la tendencia a enfatizar sus diferencias. La cartografía, sin embargo, muestra cómo las demarcaciones entre estos movimientos siempre fueron porosas o incluso inexistentes. *Historia de una desobediencia. Aborto y Feminismo* considera los entrecruzamientos entre las personas y las agendas del activismo feminista y el homosexual, particularmente en la temática del aborto. Así, por ejemplo, la creación del Grupo de Política Sexual (GPS) a principios de la década de 1970, integrado por feministas y miembros del Frente de Liberación Homosexual (FLH), posibilitó, según la autora, el “primer frente entre homosexuales, feministas y militantes de izquierda que se haya dado en nuestro país entre colectivos periféricos con un fin político preciso y puntual”. Estos cruces también se despliegan en la actualidad ya que el activismo *queer* integra la lucha por el aborto dentro de sus distintas agendas. Incluso uno de los sentidos del aborto que orienta al libro es considerarlo un acto de desobediencia a la heterosexualidad compulsiva y a su mandato reproductivo.

La cartografía presentada también permite desestabilizar la dicotomización entre activismo y academia. Si bien cierta tradición feminista busca desmontar esta distinción, existe en algunos sectores una tendencia a fortalecer este

binarismo. Particularmente en los últimos años, el impacto del feminismo en las universidades y su institucionalización en programas de investigación o de enseñanza relacionados con los estudios de género corre el riesgo de cimentar la diferenciación con el activismo. Sin embargo, este libro nos expone a la porosidad de las fronteras entre el activismo y la academia en la historia, la teoría y la práctica feministas. El profundo relevamiento que el libro hace de escritos, traducciones y notas en diferentes medios de comunicación de masas –en gran medida codificadores y potenciadores del feminismo, así como de los primeros grupos de reflexión o los centros y programas de investigación– trasponen esa dicotomía. A ello se agrega que las prácticas del aborto son también consideradas como momentos de generación y acumulación de conocimiento técnico, político y retórico.

DESAFIANDO LA POLÍTICA SEXUAL

Finalmente, el libro nos interpela para que reconsideremos la política contemporánea del aborto, en particular la compleja situación de su ilegalidad. Siguiendo diferentes estrategias, el feminismo ha buscado impactar en el sistema legal como una forma de generar un cambio socio-cultural respecto al aborto y sus prácticas. La Argentina no es la excepción ya que se han ido incrementando los esfuerzos por influir en algunos organismos del Estado y de este modo ampliar su legalidad. Sin embargo, como lo afirma Ciriza en el conversatorio, “la demanda de legalización nos coloca en un terreno sobre el cual nuestra posibilidad de incidencia efectiva ha sido hasta ahora escasa, cuando no frustrante”. Es una frase difícil pero necesaria para este momento en que se han dado cambios importantes en la forma de regular la sexualidad y la reproducción mientras se sigue resistiendo la legalización del aborto. Sin desconocer la importancia del derecho como

arena y vehículo para la lucha por los sentidos del aborto, es también preciso preguntarnos acerca de los desafíos y limitaciones de una agenda feminista montada sobre la reforma del sistema legal.

Como contracara de las políticas de influencia dirigidas al estado, *Historia de una desobediencia. Aborto y Feminismo* visibiliza otro tipo de activismo que, a veces, queda velado en las políticas del aborto. Si bien la cara más visible del feminismo politiza al derecho como el espacio de sujeción de los cuerpos y como terreno privilegiado para activar los cambios necesarios, existe un feminismo que politiza un lugar encubierto aunque cotidiano. Un activismo que se focaliza en las prácticas concretas, en la interrupción del embarazo como un momento de resistencia, de desobediencia. Además de (o junto a) las estrategias de influencia sobre el estado, durante décadas el feminismo se ha movilizado para desmontar la construcción de sentidos que encierran al aborto en el ámbito privado, en el afuera de la política. De distintas formas y en diferentes contextos, las campañas testimoniales del “Yo aborté” reconfiguran al aborto, que pasó del secreto a la voz pública. Caras conocidas o anónimas cuestionan el estigma y la invisibilidad que suelen envolver la decisión de abortar y hablan de sus experiencias desde lugares diversos. Este libro también destaca las formas del activismo feminista que buscan facilitar el acceso –material y simbólico– al aborto en contextos represivos. Allí donde prima un régimen restrictivo, también existen mujeres organizadas que acompañan y facilitan la implementación de las decisiones personales en hechos políticos colectivos por fuera del orden legal.

Esta politización desde las prácticas abre una nueva temporalidad cuando se considera el creciente uso del misoprostol. Sin desconocer los problemas de accesibilidad por razones económicas y las consecuencias en la Salud Pública debido a la ilegalidad, el aborto medicamentoso

potencia el poder y la autonomía de las mujeres sobre sus cuerpos reconfigurando los sentidos desde las prácticas. Estos actos de desobediencia no solo desafían las reglas formalizadas por el estado sino que también generan un entramado normativo alternativo. No solo son actos de resistencia a la ilegalidad sino también momentos de construcción de una ética y de un derecho alternativo o, como lo afirma, Martha Rosenberg en su entrevista, “la práctica crea un espacio de derecho”.

Si nos alejamos de las miradas formalistas del Derecho – aquellas que lo consideran solo en tanto proviene normatizado desde el estado–, estas nuevas prácticas también producen normas. Mientras el derecho positivo, estatal, ilegaliza, el derecho “insurgente” o “emancipatorio” que se construye desde las prácticas genera un contradiscurso a favor de la legalización. Una apropiación de la legalidad desde las mujeres que acompañan y las que abortan convencidas, en muchos casos, de su derecho a hacerlo, por su decisión emancipatoria. Allí donde una mujer interrumpe un embarazo se condensa un tejido de emociones y experiencias tan divergentes que escapan a cualquier tipo de caracterización; sin embargo, el feminismo ha ido resignificando este momento como parte de su lucha y generando comunidades de acompañamiento y afecto entre hermanas, amigas y anónimas que revierten la clandestinidad y el secreto.

Así como las fábricas, hoteles o clínicas recuperadas luego de la revuelta de 2001 generaron un derecho alternativo, estos “cuerpos recuperados” de la reproducción compulsiva, junto a las redes comunitarias que los sostienen, van conformando un nuevo derecho, un “derecho vivo”. Un cuerpo no sujeto al derecho formal que construye y hace circular una juridicidad alternativa, un derecho indisciplinado, desobediente, que inscribe posibilidad allí donde el estado cercena libertades. Aunque la ilegalidad siga siendo el sentido que instituyen los estados

latinoamericanos, la “historia de una desobediencia” implica una creciente legalización desde abajo. No solo las mujeres siguen abortando como un modo de insubordinarse, sino que cada vez más lo hacen convencidas de que es su derecho a decidir sobre su propio cuerpo.

Juan Marco Vaggione
Córdoba, marzo de 2014

PRESENTACIÓN

Ningún libro da cuenta de todo. Este tampoco. Comencé a escribir un borrador allá por 1994. Lo presenté en una reunión de feministas. Juntas estábamos pensando estrategias para impedir el ingreso de la cláusula antiabortista en la reforma de la Constitución, durante el gobierno de Carlos Menem. Pasados unos cuantos años, luego de modificar, corregir y ampliar las versiones, se transformó en una tesis para la Carrera Interdisciplinaria de Especialización en Estudios de la Mujer, de la Facultad de Psicología de la UBA, en el año 2000, dirigida por la doctora en historia Dora Barrancos. Y allí quedó. Por momentos, colgaba esa tesis en la web o en un blog de gente querida. Otras veces la hacía circular por emails. Cuando me citaban, no sabían cómo registrarme. Algunas decían “en prensa”; otras, “en mimeo”. Otras decidieron no citarme... Aparecía y desaparecía de manera aleatoria.

Hasta que un día me propuse transformarla en un ensayo histórico-político que dé cuenta de las luchas por el derecho al aborto voluntario, al menos en Buenos Aires. Y así lo hice. Primero, entrevisté a compañeras cercanas. Luego, fui ampliando mis horizontes hasta llegar a tomar testimonios aproximadamente a sesenta personas claves. Los archivos privados de nuestras pioneras fueron las pistas de la documentación examinada. Los abrieron y me aportaron materiales y documentos que luego utilicé con tesón; sin ellos hubiera sido imposible la producción de esta obra. Cumplieron la función protagónica de llevar y traer datos, nombres, fechas y acontecimientos: Osvaldo Baigorria, Alicia Cacopardo, Nora Ciapponi, Gabriella Christeller, Tununa Mercado, Marta Miguelez, María Elena Oddone, Martha Rosenberg, Elsa Schvartzman, Moira Soto, Sara

Torres, entre otros aún no descubiertos. Por supuesto que habrá tantos más en el camino que todavía queda por recorrer. Estos fueron los escogidos una y otra vez por aquellas exploradoras de anaqueles y rinconeras, como es mi caso. Son documentos subterráneos que se produjeron en el fragor de la disputa, de discusiones garabateadas en papeles comunes, volantes, cartas, resúmenes de reuniones y actividades, solicitadas, entrevistas, publicaciones sin año, revistas efímeras, recortes de diarios fotocopiados o pegados en hojas simples, libros de estrecha circulación. A su manera, ellos son transmisores de legados.

Dahiana Belfiori, Rafael Blanco, Martín Boy, Malena Costa, Vanina Escales, Renata Hiller, Daniel Jones, Gabriela Mitidieri, Mario Pecheny y Leonor Silvestri fueron quienes leyeron tramos de mi publicación mientras otras y otros lo trabajaron de arriba abajo. Luego, todas y todos me hicieron una devolución meticulosa, imposible de eludir. Entre tanto, mi hija Eloísa Guzmeroli, junto con mi sobrina Sofía Burló y Ronnie Smeke, me acompañaron desde el comienzo. Finalmente, la historiadora feminista Marysa Navarro ([1](#)) me orientó en los primeros tramos de este ensayo; y Horacio Tarcus, investigador y fundador del CEDInCI, quien hizo la conexión con la editorial. Siempre pienso que un libro, aunque esté firmado solo por el autor, siempre encarna una producción colectiva. Michel Foucault, en su obra *Microfísica del poder*, señala: “El comienzo histórico de las cosas no es la identidad aún preservada de su origen, es la discordia con las otras cosas, es el disparate”. Con los textos pasa algo parecido. Hay una transmisión de saberes preexistentes, una circulación de textos; alguien que lee lo que una escribe y lo comenta; otras que lo publican; otras que lo corrigen; quienes acercan materiales incunables y los ofrecen; una que guarda en su archivo información y lo abre para que otra persona lo revise; quienes quieren testimoniar; quienes a través de las redes virtuales envían ese dato sustancial y necesario. Yo atravesé todo eso y

mucho más. Entonces, *Historia de una desobediencia. Aborto y feminismo*, si bien fue pensado por mí en la tremenda soledad de un escritorio frente a una computadora y tapada de papeles simboliza, de todos modos, un relato compuesto por una polifonía de voces, de manos, de cabezas pensantes, que colaboraron en esta trama compleja de acercamientos a los documentos para tejer una historia.

Cuento esta historia parada en Buenos Aires, la ciudad que nunca duerme, con un Obelisco en el centro y una Plaza de Mayo en donde rondan todo los jueves desde las 15.30 hasta las 16 horas las Madres con la divisa del pañuelo blanco. Mi activismo feminista, de izquierda crítica, antibelicista, autonomista, *queer*, abortero, asambleario, justamente se centró aquí. Me parece una imprudencia de mi parte escribir de lo que no conozco. Además, los papeles tan necesarios y urgentes que ayudaron a componer estas memorias moran también en esta gran urbe. Por eso tomé la decisión política de no analizar a lo largo de mi trabajo a ningún grupo o colectiva por fuera de la Avenida General Paz. Si hablo de Rosario o de Córdoba dejo de lado al resto de las provincias. Entonces, me ajusté a lo que conozco, nada más. Como sé que es un fallo arbitrario y autoriza a avivar sentimientos hostiles, invité a colectivas y personas amigas para que me acompañen. En realidad, les manifesté mis deseos de que se asocien a este proyecto. Con muchas de ellas, oriundas de distintos rincones del país, constituimos redes, grupos de afinidad político-afectiva, membresías activistas. El aborto es el único lugar donde convergen todas las tendencias del feminismo. Sus heterogéneas constelaciones se aúnan siempre allí y no, precisamente, en la identidad “mujer”.

Nada mejor que recuperar las palabras de Audre Geraldine Lorde: “Tenemos que habitar orgullosas la casa de la diferencia”. En nuestra situación, esta casa es el aborto. Hablamos de las maneras más diversas para instalar el

debate, sus contiendas, sus entradas y salidas de la órbita pública y los modos en que ciertas feministas nos proponemos visibilizar lo que se mantiene entre cuatro paredes de lo íntimo y provoca tanto escozor con solo nombrarlo. Independientemente de lo que apunten la iglesia, los gobiernos, el parlamento, la corporación médica y jurídica, las mujeres implantamos nuestra propia decisión de abortar como una gesta de desobediencia frente al mandato compulsivo de la maternidad. ¿Ante quién nos insubordinamos? Básicamente, desobedecemos a la heterosexualidad como régimen político, así nos enseñó nuestra amada Monique Wittig.

Mabel Bellucci
Buenos Aires, marzo de 2014

1. Marysa Navarro es una historiadora nacida en Pamplona que acompañó el feminismo latinoamericano desde los inicios de su etapa de liberación, participando con ideas, presencia y acciones en la mayoría de los Encuentros Feministas Latinoamericanos y del Caribe. Recibió un doctorado en Historia de la Universidad de Columbia en 1964. Durante 40 años enseñó Historia Latinoamericana en Dartmouth College, New Hampshire. Ha escrito varios libros y numerosos artículos. Es autora de la primera biografía académica sobre Eva Perón (Evita, Corregidor, 1982). Asimismo, se ha especializado en Historia Argentina y en los Estudios de Mujeres en América Latina. También es Académica Residente en el David Rockefeller Institute for Latin American Studies de Harvard University, donde prosigue sus investigaciones actuales. En el presente, está trabajando sobre una historia de la Comisión Interamericana de Mujeres con su colega mexicana Ana Lau Jaiven, además de en un relato de su vida y la de su familia durante la Guerra Civil y la Segunda Guerra Mundial.

I. EL MOVIMIENTO DE LIBERACIÓN DE LA MUJER

MARGINALIDADES DINÁMICAS

Mientras nosotras amábamos, ellos gobernaban.
Kate Millet, 1984.

Hacia 1960, el mundo era otro mundo. Estados Unidos irrumpió después de la maraña de destrucción y aniquilamiento que significó la Segunda Guerra Mundial, con el fin de perpetuarse y ejercer su dominio de potencia imperialista del planeta. Promovía desplegar su control sobre la humanidad entera. Sin embargo, ese reino de las necesidades y el consumo también fue el epicentro de la conflictividad en sus múltiples variantes. Así, desde las entrañas del capitalismo imperial se escucharon y se vivieron transformaciones de radicalidad cultural surgidas en los bordes del orden hegemónico, que, a la vez, prefiguraron nuevos modos de vida. Explosionaron como “marginalidades dinámicas”, parafraseando la sagacidad del filósofo francés Félix Guattari; fueron luchas cualitativas y paradigmáticas contra todo tipo de opresión: manifestaciones de la comunidad negra por la conquista de sus derechos civiles, de los y las estudiantes (1), las mujeres, los homosexuales, las lesbianas, junto a un poderoso movimiento antibelicista contra la guerra colonial en un país lejano como era Vietnam, conocido por sus arrozales. Esa década, tan recordada como añorada por las generaciones siguientes, quedó enmarcada por un complejo contexto histórico internacional que originó las condiciones favorables para que estas revueltas se produjesen en el

momento y el lugar indicados. Eran tiempos de acelerados cambios geopolíticos que llevarían a la ruptura del sistema colonial de dominación europea.

En 1959, asomó el triunfo de la Revolución Cubana junto con la insurrección de los movimientos de las izquierdas revolucionarias y las exploraciones contraculturales, artísticas, estéticas y musicales en nuestro continente. En el instante que dura un resplandor, las rebeliones cruzaron océanos y continentes. Primaba la tentativa de subvertir el orden social y económico con planteos hostiles contra las instituciones, las normas y las jerarquías. La aparición, en 1949, de *El segundo sexo*, escrito por Simone de Beauvoir, cumplió su cometido. Desde ese momento, fue un anuncio irreversible de la asimetría de los roles entre ambos sexos.

Dentro de esa coyuntura turbulenta, se acuñó el término “revolución sexual”, que invitaba al varón y a la mujer a experimentar los placeres por fuera de la coalición matrimonio-amor-maternidad, aunque de ningún modo surgieron nuevas coaliciones que compitiesen con las tradicionales o que se hubiesen arrogado sobre aquellas ciertas prioridades. En esta ambicionada “emancipación de las costumbres”, el amor libre, sin límites de edad, fue un componente fundamental para la conquista de una transformación radical dirigida contra el sistema en su conjunto. Pese a ello y a los efectos logrados por la liberación sexual, aunque proliferaban las fiestas de sexo grupal, el nudismo, las exhibiciones de arte erótico y la nuevos rumbos de exploración del cuerpo, la arraigada institución del matrimonio monogámico heterosexual no perdía vigencia.

A la hora de hablar y pensar sobre los modos amatorios de la época, se elaboraron informes científicos que proponían liberar a las personas de la represión coactiva que adaptaba e integraba los cuerpos a un régimen regulatorio dominante. Tanto el pensamiento de Wilhelm Reich como el de Herbert Marcuse repercutieron en este

torbellino de reivindicaciones rupturistas. Ambos, con sus teorías, aportaron a la emergencia de los movimientos antisistémicos más emblemáticos de la época. En ellos jugaba un mismo interés por reflexionar en torno a la categoría de familia. Por ejemplo, para Reich, en su libro *La revolución sexual*, de 1936, esa entidad se erigía como una “fábrica de ideologías autoritarias y estructuras mentales basadas en prohibiciones y en prejuicios”. (2) Y al ser sustento indispensable del capitalismo, resultaba imprescindible su disolución. Por lo tanto, este pensador pionero consideraba: “La reforma sexual conservadora ha cometido siempre el error de no realizar concretamente el derecho de la mujer sobre su propio cuerpo, de no plantear y defender de modo neto y claro a la mujer como ser sexual que es, al menos en tanto que madre. Ha contado demasiado, por otra parte, en su política sexual, con la función de reproducción, en lugar de abolir de una vez por todas la identificación reaccionaria entre sexualidad y reproducción”. (3)

La familia jurídica, la consagración religiosa y civil de la unión conyugal, la doble moral, la castidad, el sometimiento de la mujer por el varón, la fidelidad y la durabilidad de la relación representaban serias trabas para un nuevo patrón, basado en el amor o en la unión libre. Solamente las pasiones y los deseos sin ningún tipo de frenos provocarían las condiciones necesarias para deponer el compromiso formal. En este punto Reich proponía ultimar tanto al matrimonio monogámico como a la familia nuclear, al ser considerados instituciones claves del patriarcado por sus implicancias autoritarias, que presionaban a favor de una moral conyugal restrictiva que incluía la pena contra el aborto. En caso de legalizarlo tanto para mujeres casadas como solteras, traería consigo una incitación a una vida sexual desenfrenada y, por lo tanto, el reconocimiento de las relaciones extramatrimoniales.

Frente a tantas propuestas que impugnaban lo instituido, albergadas por los dorados años 60 con su prometida “liberación”, la lucha por la legalidad del aborto estuvo desvinculada de esa revolución sexual promovida por Marcuse, celebrado como “padre de la nueva izquierda mundial”. Mientras tanto, el amor libre siguió su ruta y fue asociado con la contracultura comunitarista, el ecologismo, el festival de rock y artes de Woodstock, la generación *beat* y el hippismo. Como respuesta a las transformaciones económicas y laborales, luego de la Segunda Guerra Mundial en Europa –y en la que Estados Unidos tuvo un rol insoslayable–, cuando parecía que había sido sepultado, el feminismo hizo oír su voz al colocarse dentro del marco de estas luchas. Más aún, fue pionero por su necesidad imperativa de instalar en el debate político la noción de la diferencia sexual entre las personas.

A primera vista, tal coyuntura histórica implicó la expansión del crecimiento económico que provocaría una entrada masiva de las mujeres al mercado formal de trabajo, sin perder de vista su avanzado ingreso y egreso de la universidad. (4) Ambas variables configuraron el telón de fondo del impresionante renacer del movimiento feminista, que se sumó a las luchas contra todo tipo de opresión. En realidad, su retorno sería inexplicable sin el desarrollo de tales acontecimientos en el capitalismo central.

En este contexto, como un conejo de la galera surgió el Movimiento de Liberación de la Mujer (MLM), conocido también con la abreviatura coloquial *Women's Lib* con la que se hizo popular. Marysa Navarro recuerda que recién en la década del 80 fue bautizado Feminismo de la Segunda Ola. (5) Eso sí, arremetió con una pujanza arrolladora en las monumentales urbes del país del Norte, con una peculiaridad poco registrada: allí, algunos grupos de científicos husmearon en el velado mundo de las sexualidades cuando todavía el filósofo Michel Foucault no

era una figura de renombre ni había publicado su *Historia de la sexualidad*.

Cabría recordar el tan mentado informe elaborado por Alfred Kinsey y Wardell Pomeroy, el resultado de un estudio publicado en dos monumentales tomos: *Comportamiento sexual del hombre*, en 1948, y *Comportamiento sexual de la mujer*, en 1953. Sus conclusiones pusieron en cuestión los tabúes que inhibían hasta entonces a la población estadounidense respecto de sus vidas sexuales y eróticas. Luego, en 1966, apareció *La respuesta sexual humana*, de William Masters y Virginia E. Johnson, investigación referida a la morfología y el funcionamiento del aparato sexual masculino y femenino. Estos trabajos, aclamados como una significativa contribución a favor de la ola de cambios, omitieron referencias en torno a la ilegalidad del aborto y sus secuelas. Quizás en aquellos tiempos no lo concebían como parte constitutiva de la sexualidad. Sin duda, semejante desatención predijo los límites de lo que se entendía como pasible de ser investigado. De todos modos, se iniciaba así la lista de *best-sellers* de una disciplina que, de modo particular producía desvelo: la sexología.

ANTICONCEPTIVOS PARA NO ABORTAR

A partir de los años 60, emergió una acentuada preocupación por la explosión demográfica y una puesta en marcha de políticas de control de la natalidad. La aparición de la píldora anticonceptiva, su comercialización y su uso se generalizaron durante los inicios de esa década, en Estados Unidos. Estaba destinada especialmente a las señoras casadas, amas de casa y con un número suficiente de hijos, más que a las solteras tentadas por incursionar en aventuras amorosas. En sus comienzos, la píldora era recetada previa presentación de la libreta de matrimonio. Pese a ese obstáculo, por cierto, representaba “el mal

menor” frente la complicación del aborto ilegal, la numerosa cadena de partos y el infanticidio.

Fue así que la planificación familiar, que implicaba el empleo intencional de nuevas tecnologías anticonceptivas, comenzó a pensarse como la alternativa más rápida y efectiva para un esperable impacto sobre el descenso de la fecundidad: las mujeres emprendieron el uso de la anticoncepción oral, la colocación de dispositivos intrauterinos y también fueron sometidas a las esterilizaciones quirúrgicas masivas de manera involuntaria, en especial, en los países del Tercer Mundo.

Las investigaciones científicas comprometidas con la pastilla oral no mostraban su descubrimiento como una consecuencia directa de la revolución sexual sino que había un interés biopolítico para su desarrollo. De ese modo, surgieron organismos filantrópicos y académicos abocados a cuestiones demográficas que luego incentivaron un movimiento mundial de programas de planificación familiar. Reglamentaban así a poblaciones completas teniendo en cuenta su tamaño, crecimiento y movibilidades, con métodos que se difundían a través de dichas asociaciones internacionales y de los organismos estatales.

En líneas generales, estaban apoyados por los países centrales y dirigidos a las regiones empobrecidas de los continentes ricos en recursos naturales. El clima de recelo con respecto a la pastilla prosiguió su rumbo cuando se hizo público que los testeos implementados por los laboratorios norteamericanos se llevaban a cabo en poblaciones pobres y con la comunidad negra en Harlem, Estados Unidos. Por ejemplo, las primeras pruebas se centraron en la población femenina de Puerto Rico, México o Haití y también en pacientes de hospitales psiquiátricos. De ahí que destacadas voces feministas advirtieran sobre su uso como herramienta de intervención sobre el cuerpo de las mujeres, utilizada principalmente por esos mismos movimientos de control de la población. Incluso, apareció el resquemor a la

hora de reivindicar el uso de la píldora oral por más que fuese el primer método contraceptivo que suministraba una independencia plena a las heterosexuales lejos de la aprobación masculina. Ante la situación de dar su consentimiento pesó más en ellas saber que se empleaba a las mujeres como conejillos de Indias. Si bien el nuevo anticonceptivo encarnaba el símbolo de la liberación porque proporcionaba el control de la fecundidad, también esa potencial libertad gritada a los cuatro vientos se ligaba estrechamente con la condición de raza, clase y etnia de las propias consumidoras. Al representar una herramienta al servicio del imperialismo estadounidense, impedía verlo como una promesa alentadora.

En 1963, la británica Juliet Mitchell pronosticó –en el mismo instante en que la píldora hacía su debut– que repetía fielmente la desigualdad sexual de Occidente. (6) Mientras, se cuestionaba duramente a las instituciones extranjeras de origen estadounidense, volcadas a regular la población con el suministro de contraceptivos para mitigar el problema demográfico en América Latina. Pese al listado de denuncias que brotaban de las propias filas feministas, esos organismos disponían también otras acciones a cumplir y procuraban dar atención a las demandas de las parejas, en especial a las mujeres, en relación con el control de su fecundidad. (7)

De todas maneras, más allá y más acá de la condición económica y del estado civil de las mujeres, los nuevos métodos anunciaron a las heterosexuales la posibilidad de quebrar su destino de inexorables procreadoras, orientándolas cada vez más hacia una maternidad elegida. De un modo u otro, se les presentaba la ocasión de escoger en primera persona entre el placer y la fecundación, por fuera del arbitrio masculino y biológico. Según la investigadora Ágata Ignaciuk: “El impacto de la píldora fue enorme: al augurar una plena eficacia en prevenir el embarazo cambió los estándares de la anticoncepción en

general. A la vez, contribuyó al desarrollo de nuevas formas de medicina preventiva, dado que su uso demandaba visitas médicas regulares. Precisamente, esta necesidad de seguimiento médico fue el factor decisivo para la incorporación de la planificación familiar a la medicina institucional”. (8)

Hasta ese entonces, las formas más difundidas para evitar una gestación pasaban por el uso del condón, el diafragma, el DIU, el *coitus interruptus*, la abstinencia periódica y, asimismo, las esterilizaciones quirúrgicas y el aborto clandestino. Se incluía la práctica abortiva como parte de la anticoncepción. La trascendencia de los saberes científicos sobre el embarazo y la fertilidad separaron la anticoncepción del aborto. Hubo voces que lo sostuvieron; por ejemplo, la ensayista Germaine Greer: “Dada la frecuencia con que muchos métodos anticonceptivos solo pueden calificarse como abortos disimulados, es justo considerar al aborto como una extensión de dichos métodos”. (9) Tal presupuesto no cayó en balde roto. Pese al paso de los años, la jurista italiana Giulia Galeotti profundizó ese legado cuando apuntó “que el aborto ha sido una realidad siempre existente y como en todas las grandes cuestiones resulta difícil escribir al respecto la palabra fin”. (10)

En relación al preservativo, se lo desplazó por estas nuevas técnicas de control de la fecundación. Anteriormente, se los extraía de las máquinas automáticas en los baños públicos masculinos, cuando las enfermedades venéreas preocupaban a las capas medias por su masividad, en consonancia con el consumo continuo de la prostitución femenina. El sexo comercial permitió, por un lado, preservar la virginidad de las futuras cónyuges y, por otro, explorar todo lo que un matrimonio no podía contener.

En una rápida apreciación, el mundo de las alcobas recorrió un camino sinuoso pero aún “tironeado” entre lo viejo por morir y lo nuevo por nacer. Se presentaron serias

dificultades para el acceso a la anticoncepción moderna, las más de las veces difundida de boca en boca sin una información apropiada: olvidos en cuanto a mantener una regularidad en su consumo, posibles riesgos para la salud y, además, en ese momento un bien destinado para un grupo social reducido. La idea de que el cuidado por el embarazo o de los posibles efectos secundarios de la anticoncepción quedaba bajo la competencia de las mujeres adquirió un significado sin vuelta atrás. No cabe duda de que liberó a los hombres de su rol tradicional en el empleo del preservativo, a salvo de que se propiciasen políticas referidas a la sexualidad y la reproducción también para ellos. Al parecer, la mujer asumía completamente la responsabilidad de dicha decisión, resolvía sola como si fuera una carga que debía sostener por fuera de la pareja.

En cambio, la posibilidad de prevenir un embarazo encaminó una serie de cambios sociales, por la mayor libertad de las mujeres para decidir en el mercado laboral, en el matrimonio o respecto de la propia experiencia materna. Si retomamos a Ágata Ignaciuk, aparece una contundente afirmación: “No parece exagerado relacionar el lanzamiento de la píldora con el nacimiento de la Segunda Ola del Feminismo como un movimiento masivo”. (11) Fue en esa dirección que la historiadora estadounidense Linda Gordon aseguró con tanto criterio que la historia de la anticoncepción era una clave fundamental para comprender la historia de la emancipación femenina y, además, la historia de las transformaciones de los roles de géneros en la sociedad industrial. (12) Sustraer su sexualidad a la dominación masculina implicaba, entre otras cosas, pelear por la anticoncepción y el aborto.

EFFECTOS INDESEADOS